

Parte 2: Capítulo 8

Nuestro llamado de trabajar por nuestra propia salvación

Herman Hanko

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad.

(Flp. 2:12-13)

La conexión entre texto y contexto

Aparte de la hermosa descripción de la humillación y exaltación de nuestro Salvador en Isaías 53, no se me ocurre ningún otro pasaje de las Escrituras que retrate con más fuerza la humillación y exaltación de nuestro Señor que Filipenses 2:5-11.

Describe a nuestro Señor, que es Dios mismo, en su descenso a las profundidades del infierno en obediencia a su Padre: fue obediente hasta la muerte en la cruz.

Por lo cual Dios lo exaltó hasta lo sumo. Desde las profundidades del infierno hasta la gloria más alta a la diestra de Dios, nuestro Salvador cumplió el propósito de su Padre. De ahí se deriva esta impactante descripción de nuestro llamamiento: “Por lo cual...”.

Pablo escribe a los santos de Filipos y, por lo tanto, a la iglesia de Cristo. Aunque Pablo escribió a la iglesia de Filipos, el Espíritu Santo escribe a la iglesia de todos los tiempos. ¡Cristo se humilló por nosotros! ¿Sabemos y entendemos lo que hizo por nosotros? El fruto de una obra tan grande como la que nuestro Salvador realizó por nosotros es nuestra salvación plena y completa, lo que significa todas las bendiciones que recibimos en esta vida y en la vida venidera. ¿Nos deja eso pasivos o sin nada que hacer? No, ni mucho menos. Nos impone la solemne obligación de trabajar con temor y temblor en la salvación que hemos recibido. Esa es nuestra vocación como pueblo salvado de Dios

Nuestra propia salvación

Las Escrituras hablan con frecuencia de la salvación con todas sus bendiciones como una *común* salvación. Judas, el medio hermano del Señor, tenía la intención de escribir a los santos acerca de esa “común salvación” (Judas 3), pero cambió de opinión bajo inspiración divina. En su lugar, escribió una advertencia urgente a

los santos para que estuvieran en guardia contra los herejes, porque habían entrado en la iglesia antinomiano que negaban al Señor, por cuya obra la iglesia había sido salvada. Tales hombres eran una grave amenaza para el bienestar espiritual de los santos.

Pero en este texto, el apóstol habla de la salvación *propia*, a diferencia de la salvación común. El significado de esta distinción no es que haya dos salvaciones, una que todo el pueblo de Dios tiene en común y otra que es única para cada santo individual. El significado es más bien que Dios da las riquezas completas de la salvación a cada santo, pero que la salvación está en consonancia con la naturaleza y el llamado de cada santo.

Considerémoslo de esta manera. Cuando Dios eligió eternamente a su iglesia, no eligió a una multitud, a una turba o a un grupo arbitrario de personas; tampoco salva Dios de manera arbitraria y caprichosa, al azar, por así decirlo; ni, como sugiere el arminianismo, son salvos aquellos que aceptan a Cristo como su Salvador personal.

La elección incluye a Cristo y, de hecho, Él es el primer elegido en el decreto eterno de Dios; y en Cristo están los elegidos que, en unión con Cristo, su cabeza, componen un solo cuerpo con miembros individuales. Cada santo es miembro del único cuerpo de Cristo y, por lo tanto, ocupa su propio lugar en el cuerpo. Cuando cada uno ocupa su propio lugar, entonces el cuerpo está completo.

Esta es una verdad tan importante que la Biblia utiliza diferentes figuras para subrayarla. En Efesios 2:20-22 y 1 Pedro 2:4-9, las Escrituras utilizan la figura de un templo. El énfasis de esta figura recae en la gran verdad de que Cristo y su iglesia son juntos el “templo”, en el que Dios mismo habita en comunión de pacto con su pueblo, como lo hizo en el templo del Antiguo Testamento. El templo está construido sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, con Jesús como piedra angular y con cada santo en su propio lugar en ese hermoso templo.

A esto se añade el hecho de que, en esta vida aquí en la tierra, Dios prepara a cada santo para su lugar personal y único en el templo. Cuando en la historia de esta tierra nace un santo, las circunstancias de su nacimiento, los padres de los que nace y el país o la raza a la que pertenece son preparativos importantes para el lugar único de ese santo en el templo. Todas sus experiencias en la vida, sin excepción, forman parte del moldeado, el modelado, el tallado y el cincelado necesarios para preparar a un santo para su propio lugar. Su vocación y sus responsabilidades, así como su lugar en su familia, en la sociedad y en su nación, forman parte de la preparación para su lugar en el templo.

Aparte de la gracia de Dios, él es una roca inútil, sucia y fea extraída de la tierra. Debe ser moldeado y adaptado para ocupar un lugar en el templo celestial de Dios. Y lo que es mucho más importante, debe ser transformado de una pala llena de tierra o una piedra inútil en un bloque de mármol brillante y translúcido. Esta transformación solo puede tener lugar a través de la regeneración, el llamado, la fe, la justificación y la santificación, con todas las bendiciones de esa salvación común que un santo necesita para prepararse en su propia vida única, con todas sus experiencias, para su propio lugar único en la gloria. Cada santo tiene su propia salvación, pero tiene esa salvación como parte de la salvación que todos los santos tienen en común.

Trabajando en la propia salvación

La advertencia de “ocuparse” por la salvación es de vital importancia. En la iglesia han surgido ideas erróneas y peligrosas con respecto a esta advertencia y otras similares que aparecen en las Escrituras. Algunos han afirmado que esta advertencia es necesaria porque es una condición para nuestra salvación. La idea es que debemos cumplir esta advertencia *si* queremos ser salvos. Esta es una enseñanza característica de todo el arminianismo, ya que los arminianos basan su salvación en lo que ellos hacen, no en lo que Dios hace. Pueden cometer este pecado de maneras tortuosas y diferentes, e insistir piadosamente en que, después de todo, la salvación es de Dios, pero tal afirmación se convierte en mera hipocresía. El mismo Pablo dice: “¡Estáis salvados! ¡Trabajad por la salvación que ya poseéis!”.

Otros, yendo al extremo opuesto, argumentan que, como la salvación es solo por gracia, es completamente obra de Dios, por lo que no necesitamos hacer nada en absoluto. Somos como troncos o bloques en los que Dios lo hace todo. No necesitamos guardar ninguna advertencia. De hecho, según ellos, no podemos cumplir ninguna advertencia y Dios no nos manda que las cumplamos. Peor aún, argumentan que imponer estas advertencias amenaza la doctrina de la salvación solo por gracia. Hay quienes incluso llegan a animarnos a continuar en el pecado para que abunde la gracia (Ro. 6:1). Tales hombres estaban presentes en los días de Pablo y siempre están presentes en la iglesia.

Las advertencias de las Escrituras son serias. Debemos obedecerlas. No obedecerlas es negar que somos salvos. Debemos hacer buenas obras. Esta advertencia es urgente, apremiante y necesaria para que disfrutemos de la bendición de la salvación en Cristo.

¿Qué significa la advertencia?

En general, significa que debemos vivir toda nuestra vida, en todas las circunstancias, como personas salvadas por la gracia. Debemos vivir como quienes sirven a Dios, lo aman, lo glorifican y le expresan su profunda gratitud por salvarnos, a nosotros, que somos pecadores sin valor aparte de su gracia redentora. Somos hijos de Dios; debemos vivir como tales. Somos la luz del mundo; debemos brillar como luces. Somos salvos como pecadores que no lo merecemos; debemos dar gloria a Aquel que nos ha salvado.

Más concretamente, se nos exhorta urgentemente a vivir en todos los aspectos de nuestra vida en obediencia a Dios. Nuestra propia salvación nos pertenece exclusivamente a nosotros. A menudo nos inclinamos a tratar de trabajar por la salvación de otras personas. Criticamos cómo crían a sus hijos, cómo gastan su dinero, cómo ocupan su tiempo libre, cómo se comportan en la iglesia y cómo desempeñan su ministerio como oficiales. Esto está mal. Tenemos un llamado urgente a trabajar por *nuestra* salvación, no por la salvación de otra persona.

Un niño o joven del pacto de Dios debe vivir de tal manera que se prepare para su lugar en la iglesia. Un padre redimido debe gobernar su familia en el nombre de Cristo, enseñando a cada miembro sus responsabilidades y su vocación en la vida. Una madre piadosa que es amada por Cristo debe cuidar de su familia, considerando que es un honor sin vergüenza cambiar pañales, vendar rodillas heridas, consolar a los bebés que lloran y hacer el trabajo que se le ha encomendado para que su hogar sea un hogar del pacto. Un anciano debe gobernar en su propia congregación; un diácono debe cuidar de los pobres; un ministro debe predicar el evangelio; un hombre o una mujer en el banco debe buscar el bienestar de la iglesia y, en

amor hacia los santos, llevar las cargas de los demás, de acuerdo con la salvación que se le ha dado; un inválido debe trabajar en su salvación dando testimonio de la gracia de Dios que lo sostiene en sus pruebas. Un santo anciano no debe decir: “Ya no tengo ningún propósito en esta vida”, sino que debe trabajar en su propia salvación como alguien que se acerca al final de su peregrinaje con el propósito que Dios le da en la iglesia.

Todo esto implica que cada santo, en sus propias circunstancias y vocación, debe producir buenas obras.

Con temor y temblor

La manera en que cada uno debe trabajar por su salvación se describe en las palabras “temor” y “temblor”.

Sin duda, el apóstol Pablo tiene en mente nuestra inclinación pecaminosa y egoísta a presumir de nuestros logros, a pensar muy bien de nuestras buenas obras y a jactarnos de lo que hemos hecho. Somos orgullosos, aparte de la gracia de Dios, y nos buscamos a nosotros mismos de todas las maneras posibles. Cuando buscamos acumular elogios para nosotros mismos, ya no estamos trabajando en nuestra salvación, sino que nos empeñamos en promover la idea diabólica de que la salvación a la que estamos llamados a trabajar es el resultado de nuestra contribución a ella y de nuestro noble papel en su adquisición. Imaginamos que nuestra bondad inherente es suficiente para hacernos dignos de recibir Sus bendiciones.

Los términos “temor” y “temblor” son casi sinónimos. “Temor” aquí no significa “terror”. Hay momentos en las Escrituras en los que “temor” sí significa “terror”. Este es el caso de 1 Juan 4:18: “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor”. Por lo tanto, no debemos trabajar por nuestra salvación con terror en nuestras almas porque tememos que el Dios que nos llama a esta tarea sea un tirano y un amo brutal que nos hará cosas terribles si fallamos en nuestro llamado.

Sin embargo, uno desearía que en los corazones de las personas profanas hubiera un poco de temor, pues eso sería algo valioso. Los líderes religiosos hablan con Dios y de Dios como si fuera un vecino con el que charlan al otro lado de la valla del jardín. No hay temor en esos hombres: ni respeto, ni honor, ni comprensión de quién es Dios; ni asombro ante la idea de su majestad y santidad; ni conciencia de la maravilla de la salvación.

Quizás la palabra inglesa que más se acerca al significado bíblico de “temor” es “asombro”.

No recuerdo ningún momento en el que estuviera más cerca de comprender lo que era realmente el asombro que cuando, de niño, vi por primera vez un hermoso espectáculo de auroras boreales. Era un día de verano y estábamos jugando con unos amigos fuera, después del anochecer, mientras nuestros padres entretenían a unos invitados dentro de casa. De repente, el cielo se iluminó de horizonte a horizonte con un brillante espectáculo de colores ondulantes, que cambiaban constantemente pero siempre se movían hacia un encuentro en el vértice del cielo. Yo no conocía ese fenómeno y me sorprendió su novedad. Nos quedamos atónitos y asustados, y corrimos a la casa para llamar a mi padre. Él nos explicó, después de verlo, que Dios estaba haciendo que esas ondas de color brillaran en los cielos y que debíamos sentir asombro ante una obra

tan grandiosa de Dios. Teníamos miedo, pero también estábamos llenos de asombro ante una obra tan grandiosa y majestuosa de Dios. Nuestro único pensamiento era: ¡Cuán grande es Dios cuando puede llenar los cielos con colores tan brillantes!

Debemos trabajar en nuestra propia salvación con temor porque nos maravillamos ante la asombrosa obra de Dios al darnos a nosotros, pobres pecadores, una salvación tan maravillosa. Solo Él es soberano y decide salvarnos, no por lo que hemos hecho o por quiénes somos, sino simplemente por su propio nombre. No solo tenemos la liberación del pecado y la muerte, sino que también tenemos la perspectiva de una gloria sin fin en la comunión del pacto con Él a través de Jesucristo. El precio que hubo que pagar para lograr tal salvación fue la terrible humillación y el sufrimiento del propio Hijo amado de Dios. Estamos llenos de asombro tanto por la salvación que se nos ha concedido como por el hecho de que la única razón de nuestra salvación es el amor eterno e inmutable de Dios. ¿Por qué yo? ¡No lo sé! ¡Es solo obra del Señor a través de la muerte de Su Hijo!

El temblor surge de la conciencia de que ahora, al ser salvos por el poder de la humillación y exaltación de Cristo, nos enfrentamos al llamado a trabajar por esa salvación. Cristo es nuestro Señor. Le servimos y representamos Su causa en el mundo. Estamos llamados a revelar en toda nuestra vida que nuestro rey no es el poder, ni el placer pecaminoso, ni los deportes, sino Cristo. Estamos llamados a proclamarlo en voz alta para que todos los que adoran los ídolos de la civilización moderna sepan que servimos al Señor Cristo, exaltado a la diestra de Dios, ante quien algún día toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que solo Él es el Señor.

Es un llamado noble, del cual no hay otro más grande. Es un llamado bendito que desafía todos los placeres terrenales. Es un privilegio ser llamado a tal llamado. Nosotros, que somos débiles y pecadores, temblamos ante tal pensamiento.

La obra de Dios en nosotros y a través de nosotros

Hay una pequeña palabra utilizada en el texto que no debe pasarse por alto. Es la palabra “porque”, “Porque Dios es el que en vosotros obra...”.

Es bueno detenerse un momento para comprender el sentido de esa pequeña palabra. El texto no dice: “Y Dios obrará en vosotros”. Sin duda, si el apóstol hubiera querido decir que trabajamos con Dios, que le echamos una mano, por así decirlo, o que cooperamos voluntariamente con lo que Él está haciendo, podría haberlo dicho fácilmente. Pero no lo hizo.

El apóstol no dice: “*Si* tan solo trabajáis en vuestra salvación, Dios obrará en vosotros”. ¿Por qué los hombres se aferran desesperadamente al error arminiano cuando las Escrituras lo condenan tan rápida y enérgicamente?

La palabra “porque” significa “ya que”. Debemos trabajar en nuestra salvación *ya que* Dios obra en nosotros tanto el querer como el hacer según su beneplácito.

Nuestro temor y temblor podrían convertirse en terror si nos dejaran solos para hacer esta gran obra a la que estamos llamados. Especialmente, si conocemos (como deberíamos) nuestra propia debilidad e incapacidad para hacer lo correcto, la urgencia del llamado nos paralizaría ante la idea de una tarea tan trascendental y una obligación tan imposible.

Las palabras de Pablo en esta última parte del texto tienen por objeto darnos valor para hacer lo que Dios nos pide. Después de todo, el texto significa exactamente esto: tú *puedes* hacer lo que estás llamado a hacer porque Dios lo hace todo. Él te hace estar dispuesto a querer hacerlo, de modo que lo consideres una alegría, una bendición y una tarea muy agradable. Pero incluso entonces, Él no se limita a hacernos estar dispuestos y luego nos dice: “Te he hecho dispuesto. Ahora te toca a ti hacerlo”. El texto va más allá. Dios también obra en nosotros de tal manera que Él mismo hace lo que estamos llamados a hacer. Ese es el significado de “en vosotros obra así el querer como el hacer”. Esa es la totalidad de la buena obra. Dios lo hace todo, aunque en nosotros y a través de nosotros.

Surge la pregunta: ¿Cómo puede una sola buena obra ser tanto nuestra obra como la obra de Dios al mismo tiempo? ¿Cómo puede lo que Dios hace en nosotros ser tanto nuestra obra que incluso se nos dice que seremos recompensados por nuestras obras, y sin embargo sigue siendo la obra de Dios? Este hecho, aunque completamente cierto, es muy misterioso y maravilloso.

Incluso los padres de Dordrecht se sorprendieron al escribir y adoptar los *Cánones* III/IV:12-14. Estos padres llaman a esta obra “poderosísima... hermosa, milagrosa, oculta e inexpresable” (III/IV:12). Cuando hablan de la fe como algo indispensable para alcanzar nuestra salvación, dicen,

Así pues, la fe es un don de Dios; no porque sea ofrecida por Dios a la voluntad libre del hombre, sino porque le es efectivamente participada, inspirada e infundida al hombre; tampoco lo es porque Dios hubiera dado sólo el poder creer, y después esperara de la voluntad libre el consentimiento del hombre o el creer de un modo efectivo; si no porque Él, que obra en tal circunstancia el querer y el hacer, es más, que obra todo en todos, realiza en el hombre ambas cosas: la voluntad de creer y la fe misma. (*Cánones* III/IV:14).

Hay una actividad terrenal que Dios ha creado en Su mundo que se asemeja a esta obra en algunos aspectos. Me refiero al trabajo hortícola del injerto. Quien cultiva fruta sabe que es posible tomar una rama de un árbol que produce manzanas Golden Delicious, por ejemplo, e injertarla en un árbol que produce manzanas Gala. La rama que se injerta en otro árbol se convierte verdaderamente en parte de otro árbol. Si se deja sola, morirá. Recibe toda su vida del nuevo árbol (Juan 15). Injertada en el árbol Gala, dará fruto. Sin embargo, no dará manzanas Gala, sino manzanas Golden Delicious. Seguirá dando su propio tipo de fruto, aunque todo su poder para dar fruto provenga del árbol en el que está injertada.

Así somos nosotros, por la fe, injertados en Cristo y nos hacemos uno con Él. Recibimos toda nuestra vida de Él. Separados de Él estamos muertos, pero injertados en Él estamos vivos con Su vida, y somos capaces de realizar buenas obras y las realizamos. Así trabajamos en nuestra propia salvación. Pero estas buenas obras son nuestras obras, aunque sean la obra de Cristo en nosotros y a través de nosotros. Por lo tanto, no nos volvemos descuidados y profanos, diciéndonos a nosotros mismos (y a los demás) que no necesitamos esforzarnos por cumplir nuestro llamado, porque Cristo lo hará si Él quiere hacerlo. No decimos: “Cristo hace todas mis buenas obras por mí; yo no necesito hacer nada”.

La verdad es que esta Palabra de Dios nos da ánimo y un poderoso incentivo para hacer lo que estamos llamados a hacer, precisamente porque Cristo, el gran agente del Dios Trino, obra en nosotros tanto el querer como el hacer según su “buena voluntad”. Eso nos garantiza la capacidad de cumplir nuestro llamado.

El beneplácito de Dios

Esta es una adición de vital importancia al texto. El “beneplácito” de Dios es Su propio consejo eterno, en el que Él determina eternamente alcanzar la máxima revelación de Su gloria a través de la obra de Cristo y, en Cristo, la salvación de la iglesia. Dios nos salva a través de Cristo para que “anunciéis las virtudes de aquel que nos ha llamado” (1 Pedro 2:9). Una iglesia salvada en Cristo solo por gracia es una iglesia que revela de la manera más elevada posible la gracia, la misericordia, el amor, el poder y la soberanía del Dios Todopoderoso. Esa iglesia muestra todos los atributos gloriosos de Dios solo porque somos “hechura suya, creados en Cristo Jesús” con el propósito de “buenas obras” (Efesios 2:10). Estas buenas obras nos han sido ganadas en la cruz de Cristo, pues son parte de nuestra salvación. Son obradas en nosotros y las hacemos, porque Dios “[las] preparó de antemano para que anduviéramos en ellas”, según Efesios 2:10. Así, la salvación es solo por gracia y nunca por obras, para que nadie se gloríe y robe a Dios su gloria (Efesios 2:8-9).

Es un privilegio y una bendición ser llamados a trabajar en nuestra propia salvación. Es nuestro llamado. Debemos hacerlo, porque por la gracia de Dios, el “deber” de las buenas obras se convierte en el “querer” y el “poder”. Dios viene a nosotros, su pueblo, con un llamado urgente: “Hagan lo que les he capacitado para hacer. Conviértanse en lo que les he hecho. Denme gloria revelando su salvación en toda su vida. Y el que se gloríe, glóriese en el Señor”. Amén.